

dados Españoles la novedad de averse visto rotos, y desordenados en la Batalla, que bolvieron al Quartel melancolicos, y defalentados, con animo, y semblante de vencidos. Eran muchos los que dezian, con poco recato, que no querian perderse de conocido, por el antojo de Cortès, y que tratasse de bolverse à la Vera Cruz, pues era imposible passar adelante; ò lo executarian ellos, dexándole solo con su ambicion, y su temeridad. Entendiòlo Hernan Cortès, y se retirò à su Barraca, fin tratar de reducirlos, hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el defacierto de su proposicion; que en este genero de males irritan, mas que corrigen, los remedios apresurados, siendo el temor en los hombres vna passion violenta, que suele tener sus primeros impetus contra la razon.

Efectos del Temor.

Delirio

CAPITULO XIX.

SOSSIEGA HERNAN

Cortès la nueva turbacion de su Gente: los de Tlascala tienen por Encantadores à los Españoles: consultan sus Adivinos, y por su consejo los assaltan de noche.

IBa tomando cuerpo la inquietud de los mal contentos; y no bastando à reducirlos la diligencia de los Capitanes, ni el contrario sentir de la gente de obligaciones, fue necesario, que Hernan Cortès sacasse la cara, y tratasse de ponerlos en razon. Para cuyo efecto mandò, que se juntassen en la Plaza de Armas todos los Españoles, con pretexto de tomaraconsuelo sobre el estado presente de las cosas, y acomodando cerca de sí à los mas inquietos (especie de favor en que iba embuelta la importancia de que le oyessen mejor.) Poco tenemos (dixò) que discurrir en lo que deve obrar nuestro Exercito; vencidas en poco tiempo dos Batallas, en que se ha conocido igualmente nuestro valor, y la flaqueza de nuestros Enemigos; y aunque no suele ser el ultimo ofan de la Guerra el vencer, pues tiene sus dificultades, et se gñit la victoria, y devemos todavia recar-

Habla Cortès à los mal contentos.

Tornando del Exercito

Noticia

arnos de aquel genero de peligros, que andan muchas vezes con los buenos sucesos, como pensiones de la humana felicidad. No es este, Amigos, mi cuidado; para mayor duda necesito de vuestro consejo. Dizeñme, que algunos de nuestros Soldados buelven à desear, y se animan à proponer, que nos retirèmos. Bien creo, que fundaràn este dictamen sobre alguna razon aparente; pero no es bien, que punto de tanta importancia, se trate à manera de murmuracion. Dizeid todos libremente vuestro sentir; no defautorizeis vuestro zelo, tratándole como delito: y para que discurramos todos sobre lo que conviene à todos, considere se primero el estado, en que nos hallamos, y resuelva se de vna vez algo, que no se pueda contradizer. Esta lornada se intentò con vuestro parecer, y pudiera dezir con vuestro aplauso: nuestra resolucion fue passar à la Corte de Motezuma: todos nos sacrificamos à esta Empresa, por nuestra Religion, por nuestro Rey, y despues por nuestra honra, y nuestras esperanzas. Essos Indios de Tlascala, que intentaron oponer se à nuestro designio con todo el poder de su Republica, y Confederaciones, estàn ya vencidos, y desbaratados. No es posible (segun las reglas naturales) que tarden mucho en rogarnos con la paz, ò cedernos el passo. Si esto se consigue, como crecèr à nuestro credito: donde nos

pondrà la aprehension de estos Barbaros, que oy nos coloca entre sus Dioses? Motezuma, que nos espera con cuidado (como se ha conocido en la repeticion, y artificio de sus Embaxadas) nos ha de mirar con mayor assombro, domados los Tlascaltecas, q̄ son los Valientes de su Tierra, y los que se mantienen con las Armas, fuera de su Dominio. Muy posible ser à que nos ofrezca partidos ventajosos, temiendo que nos coliguemos con sus Rebeldes; y muy posible, que esta misma dificultad, que oy experimentamos, sea el Instrumento de que se vale Dios, para facilitar nuestra Empresa; probando nuestra constancia; que no ha de bazer milagros con nosotros, sin ser virse de nuestro corazon, y nuestras manos. Pero si bolvemos las espaldas (y serèmos los primeros à quien desanimen las Victorias) vendiò se de vna vez la obra, y el trabajo. Que podemos esperar, que no devemos temer? Esfòs mismos vencidos, que oy estàn amedrentados, y fugitivos, se han de animar con nuestro desaliento, y dizeños de los atajos, y asperezas de la Tierra, non han de perseguir, y de shazer en la Marcha. Los Indios Amigos (que si ven à nuestro lado, contentos, y animosos) se han de apartar de nuestro Exercito, y procurar escaparse à sus Tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. Los Zempoales, y Totonaques, nuestras Confederados,

dos (que son el vnico refugio de nuestra Retirada) han de confesar cōtra nosotros, perdido el grã concepto, que tenian de nuestras Fuerzas. Bueluo à dezir, que se considere todo, con maduro consejo; y midiendo las esperanzas, que abandonamos, con los peligros, à que nos exponemos: propongais, y delibereis lo que fuere mas conueniente; que yo dexo toda su libertad à vuestro discurso: y he tocado estos inconvenientes, mas para disculpar mi opinion, que para defenderla. Apenas acabò Hernan Cortès su Razonamiento; quando vno de los Soldados inquietos, conociendo la razon, levantò la voz, diziendo à sus Parciales: Amigos, nuestro Capitan pregunta lo que se ha de hazer; pero ensena preguntando: y no es posible retirarnos, sin perdernos.

Habla por todos vn Soldado.

Reducense los demás.

Dieronse los demás por convencidos, confessando su error: aplaudiò su desengaño el resto de la Gente; y se resolvió por aclamacion, que se prosiguiesse la Empresa: quedando enteramente remediada, por entōces, la inquietud de aquellos Soldados, que apetecian el descanso de la Isla de Cuba: cuya sinrazon fue vna de las dificultades, que mas trabajaron el animo, y exercitaron la constancia de Cortès en esta Iornada.

Causò raro desconsuelo en

Tlascàla esta segūda Rota de su Exercito. Todos andavan admirados, y confusos. El Pueblo clamava por la paz: los Magnates no hallavan camino de profeguir la Guerra: vnos tratavan de retirarse à los Montes con sus Familias; otros dezian, que los Españoles eran Deidades; inclinandose à que se les diese la obediencia, con circuntancias de adoracion. Iuntaronse los Senadores para tratar del remedio: y empezando à discurrir, por su mismo assombro, confessaron todos, que las Fuerzas de aquellos Estrangeros, no parecian naturales; pero no se acabavan de persuadir à que fuesen Dioses; teniendo por ligereza el acomodar se à la credulidad del Vulgo; antes vinieron à recaer en el dictamen de que se obravan aquellas hazañas de tanta maravilla, por Arte de encantamento: resolviendo, que se devia recurrir à la misma ciencia para vencerlos, y defarmar vn Encanto con otro. Llamaron, para este fin, à sus Magos, y Agoreros; cuya ilustoria facultad tenia el Demonio muy introducida, y no menos venerada en aquella Tierra. Comunicòseles el pensamiento del Senado, y ellos asintieron à el, con misteriosa ponderacion;

Desanimã se los Tlascalcas.

Creyendo, que son Encantadores sus Enemigos.

Vienen al Senado los Agoreros.

cion; y dando à entender, que sabian la duda, que se les avia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevenicion, dixeron: Que mediante la observacion de sus circulos, y adivinaciones, tenian ya descubierto, y averiguado el secreto de aquella novedad; y que todo consistia, en que los Españoles eran hijos del Sol, producidos de su misma actividad en la Madre Tierra, de las Regiones Orientales: siendo su mayor encantamento la presencia de su Padre, cuya fervorosa influencia les comunicava vn genero de fuerza superior à la naturaleza humana, que los ponía en terminos de inmortales. Pero que, al trasponer por el Occidente, cesava la influencia, y quedavan desalentados, y marchitos, como las hierbas del Campo: reduciendose à los limites de la mortalidad, como los otros hombres; por cuya consideracion conuendria embestirlos de noche, y acabar con ellos, antes que el nuevo Sol los hiziese invencibles.

Proposicion de los Agoreros.

Resuelvese que se haga de noche la Guerra.

Embiansen las ordenes à Xicotencal.

Celebraron mucho aquellos Padres conscriptos, la gran fabiduria de sus Magos: dandose por satisfechos, de que avian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estilo de aquella Tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto à

la costūbre, se comunicò à Xicotencal esta importante noticia: ordenandole, que assaltasse, despues de puesto el Sol, el Quartel de los Españoles; procurando destruirlos, y acabarlos, antes que bolviesse al Oriente. Y el empezó à disponer su Faccion; creyendo, con alguna disculpa, la impostura de los Magos; por que llegó à sus oydos autorizada con el dictamen de los Senadores.

Eneste medio tiempo tuvieron los Españoles diferentes Rencuentros de poca cōsecuencia: dexaronse ver en las eminencias vezinas al Quartel, algunas Tropas del Enemigo, que huyeron antes de pelear, ò fueron rechazadas, con perdida suya. Hizieronse algunas salidas à poner en contribucion los Pueblos cercanos, donde se hazia buen passage à los vezinos, y se ganavan voluntades, y bastimentos. Cuydava mucho Hernã Cortès de que no se relaxasse la disciplina, y vigilancia de su Gente con el ocio del Alojamiento. Tenia siempre sus Centinelas à lo largo; hazianse las guardias con todo el rigor militar: quedavan de noche enfilados los Cavallos, con las bridas en el Arzón; y el Soldado, que se aliviava de las Armas, ò reposava en ellas

IX adom M ab Incomos adom

Hazianse algunas salidas del Quartel.

proq alla H roituror oñqqla los 203

mis-

mismas, ò no reposava. Puntualidades, que solo parecen demafiadas à los negligentes, y que fueron entonces bien necessarias; porque llegando la noche, destinada para el assalto, que tenian resuelto los de Tlascàla, reconocieron las Centinelas vn grueso del Enemigo, que venia marchando la buelta del Aloxamiento, con espacio, y silencio fuera de su costumbre. Passò la noticia sin hazer ruydo; y como cayò este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros Soldados, se coronò brevemente la Muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente à la defenfa.

Marcha Xicotencal de noche.

Halla prevenidos à los Españoles.

Halla prevenidos à los Españoles.

Venia Xicotencal muy embobido en la fee de sus Agoreros: creyendo hallar desalentados, y sin fuerzas à los Españoles, y acabar su guerra, sin que lo supiese el Sol; pero traía diez mil Guerreros, por si se huviesen acabado de marchitar. Dexaronle acercar los Nuestrros, sin hazer movimiento; y él dispuso, que se atacasse por tres partes el Quartel; cuya orden executaron los Indios con presteza, y resolucion; pero hallaron sobre si tan poderosa, y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos assom-

brados con otro genero de temor, hecho de la misma fe- guridad con que venian. Conociò Xicotencal (aunque tarde) la ilusion de sus Agoreros, y conociò tambien la dificultad de su Empresa; pero no se supo entender con su ira, y con su corazon: y así ordenò que se embistiese de nuevo por todas partes, y se bolviò al Assalto; cargando todo el grueso de su Exercito sobre nuestras defensas. No se puede negar à los Indios el valor, con que intentaron este genero de pelear, nuevo en su Milicia, por la Noche, y por la Fortificacion. Ayudavanse vnos à otros con el ombro, y con los brazos, para ganar la Muralla, y recibian las heridas, haziendolas mayores con su mismo impulso, ò cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian de trás. Durò largo rato el Combate, peleando contra ellos, tanto como nuestras Armas, su mismo desorden; hasta que, defengañado Xicotencal, de que no era posible à sus fuerzas lo que intentava, mandò, que se hiziese la fena de recoger, y tratò de retirarse. Pero Hernan Cortes (que velava sobre todo) luego que reconociò su flaqueza, y viò que se apartavan atropelladamente de la Mu-

Segundo asalto de los Tlascalcas.

Buena rebatida los Enemigos.

Ordena el Senado, que se suspenda la Guerra.

Salida de los Españoles.

Perdida de los Enemigos.

Buena rebatida los Enemigos.

Ordena el Senado, que se suspenda la Guerra.

ralla, echò fuera parte de su Infanteria, y todos los Cavallos, que tenia ya prevenidos con Pretales de cascabeles, para que abultassen mas con el ruydo, y la novedad; cuyo repentino assalto puso en tanto pavor à los Indios, que solo trataron de escapar, sin hazer resistencia. Dexaron considerable numero de muertos en la Campaña, con algunos heridos, que no pudieron retirar; y de los Españoles quedaron solo heridos dos, ò tres Soldados, y muerto vno de los Zempoales. Suceso, que pareció tambien milagroso, considerada la multitud innumerable de Flechas, Dardos, y Piedras, que se hallaron dentro del recinto: y victoria, que por su facilidad, y poca costa, se celebrò con particular demonstracion de alegria entre los Soldados; aunque no sabian entonces, quanto les importava el aver sido valientes de noche; ni la obligacion, en que estavan à los Magos de Tlascàla; cuyo desvario sirviò tambien en esta Obra, porque levantò à lo sumo el credito de los Españoles, y les facilitò la paz, que es el mejor fruto de la Guerra.

CAPITULO XX.

MANDA EL SENADO à su General, que suspenda la Guerra, y él no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo assalto al Quartel de los Españoles; conotense, y castiganse sus Espias; y dase principio à las pláticas de la Paz.

Desvanecidas en la Ciudad aquellas grandes esperanzas, que se avian concebido, sin otra causa, que fiar el suceso de sus Armas al favor de la noche, bolviò à clamar el Pueblo por la Paz: inquietaronse los Nobles, hechos ya Populares, con menos ruido, pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento, y sin discurso los Senadores; y su primera demonstracion fue, castigar en los Agoreros su propia libiandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de averlos creído. Dos, ò tres de los mas principales fueron sacrificados en vno de sus Templos, y los demás tendrian su reprehensio, y quedarian obligados à mentir con menos libertad en aquel Auditorio. Luntòse despues el Senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron à la

Claman los Tlascalcas por la Paz.

Castigo de los Agoreros.

Ordena el Senado, que se suspenda la Guerra.